

EL DOCTOR CUPIDO.

A CARLOS D. CURTIS.

I.

En una modesta casa, situada en una de las calles menos concurridas de Veracruz, vivia, en el año de 186....., don Juan R....., honrado ciudadano que habia perdido su fortuna á causa de las revoluciones del país. Reducíase la familia de don Juan á una jóven de quince años, hija suya, y á dos criados.

DOCE LEYENDAS.—15

Julia, que así se llamaba la jóven, era una de esas bellezas tan comunes en la costa de México. De ojos y cabellos negros, de mirada ardiente y de sonrisa encantadora, bañando su semblante una ligera palidez, Julia no podia menos que atraer las miradas de cuantos llegaban á pasar cerca de ella.

Don Juan, que habia enviudado seis años despues del nacimiento de Julia, por temor de darle una madrastra cruel, no quiso volver á casarse. Réconcentró todos sus afectos en el que profesaba á Julia, y puede decirse que ella era su vida.

Trabajar durante las horas del dia para que nunca le faltasen medios para satisfacer hasta los menores caprichos de su hija, y deleitarse con sus caricias al volver al hogar, hé aquí la existencia de don Juan, que estaba empleado en la Aduana marítima.

Julia amaba mucho á su padre, porque era muy buena, y una voz interior le dictaba todas sus acciones, no porque hubiese recibido esa educacion que no solo ilustra, sino que,

por decirlo así, perfecciona los sentimientos que la naturaleza nos ha dado.

Don Juan, por su excesivo amor á su hija, no habia vuelto á casarse, como hemos dicho; y se notaba, por consiguiente, en Julia, la falta de esa direccion que solo la mujer sabe dar en las familias. Malas serán en su mayor parte las madrastras; pero el hombre que no tiene en su hogar una mujer de buena educacion para enseñar á sus hijos, debe preferir que estos sufran, durante algunos años si la madrastra no les quiere, á que crezcan, mimados, en verdad, pero sin esos principios y reglas que solos las madres ó las que las suplen saben infundir á los niños. El carácter natural del hombre le aparta de ciertos pormenores indispensables en la educacion. Estas observaciones son doblemente aplicables cuando se trata de la educacion de las niñas.

Julia tenia quince años ya, y habia adquirido ese desarrollo precoz que se nota en las hijas de los trópicos. Habian perdido sus ojos esa transparencia propia de la niñez cuan-

do solo reflejan el cielo; sus miradas denunciaban un corazón ardiente, y sus labios ligeramente encendidos, decían que era llegada la época en que el alma comienza á vivir la vida de las pasiones, del sentimiento y de la ternura.

No en la alborada hemos conocido á Julia. Habían pasado ya esas nubes impalpables que preceden á la aparición del astro del día. Era la mañana con su cielo azul, sus perfumes, sus armonías y sus flores.

Julia estaba en esa encantadora primavera de la vida de la mujer, en que sus ojos brillan con el fulgor de las estrellas, en que sus labios sonríen como una fuente que acaricia el ala de una mariposa; en que su voz es dulce como un suspiro del viento entre las hojas de los lirios de la ribera.

Así como la caridad por donde pasa va escuchando un himno de gratitud, así la hermosura escucha el himno de la adoración, y por desgracia ¡ay! el de la galantería.

¿Cómo no había de inspirar amor una joven tan hermosa como Julia?

Sin embargo de todo, don Juan, cegado con su cariño, entregado á las labores de su oficina, había perpetuado en su pensamiento la niñez de Julia, y ni remotamente se imaginaba que la niña á quien sentaba en sus rodillas y acariciaba al volver al hogar, la niña que no había tenido trato alguno social, pudiese ser amada de otro modo que con el que él la amaba.

Don Juan estaba en un funesto error. Su calle, mientras él trabajaba, era frecuentada por algunos jóvenes prendados de la belleza de Julia.

La joven los veía pasar, colocándose no pocas veces en la pequeña ventana de la casa, medio velada por las toscas rejas de madera.

mismo tomaba con frecuencia en el día algunas copas en el café, como concurría á los bailes semanales de las *mujeres entretenidas*, como dicen los franceses. Era diestro en el bailar y afortunado en las cartas. De sus labios salían á cada momento palabras muy comunes entre la marinería, pero poco convenientes en la buena sociedad. Franco, gastador como la mayor parte de los habitantes de las orillas del Golfo, Emilio era tenido entre los de su edad, y aun entre los mayores, por el *chico* mas simpático y listo de los veraacruzanos.

De índole naturalmente buena, Emilio, educado con alguna severidad, hubiera sido un excelente jóven, como lo demuestra el hecho de no estar corrompido del todo, á pesar de la indolencia con que su familia veía su educación.

Paseábase una tarde á orillas del mar, contemplando la fortaleza de San Juan de Ulúa, cuando se fijó por vez primera en Julia, que acompañada por una antigua sirvienta de don Juan, se extasiaba viendo esos magnífi-

II.

Entre los admiradores de Julia se contaba Emilio B..... jóven principal en la ciudad, de no escasos bienes que heredar, pero de educación descuidada ó demasiado libre, como se dice en la costa.

Sus estudios se habian reducido á los indispensables para que en caso de necesidad pudiese manejar regularmente la casa de comercio de su familia, ó en último extremo, entrar de dependiente en otra.

Veintitres años no mas tenia en los momentos á que se refiere esta parte de mi relato.

Tan jóven como era, no ignoraba las costumbres de los de mayor edad que él, y lo

CAPITULO ALFONSIANO  
D A N T

cos cruados que ofrece el crepúsculo vespertino cuando los últimos rayos del sol poniente doran las nubes y la superficie del Océano; esa sublime y arrebatadora escena que en los puertos de mar se disfruta al morir el día, cuando parece que el sol se hunde en el seno de las aguas, que es bien difícil de describir. El ópalo, la grana, el zafiro y cuantos colores hermosos halagan la vista, se encuentran en las nubes que bien pronto formarán el oscuro manto de la noche, que bordarán esos millares de mundos que nos abisman en pensamientos consagrados todos á reconocer la omnipotencia del que dió vida é impulso á esos mundos que pueblan el espacio.

Julia, aunque sin educación literaria, sentía el amor á lo grande y á lo bello; y quedaba absorta en mil pensamientos á que no hubiera podido dar forma si lo hubiese pretendido. Sentía latir su corazón; le parecía escuchar, en el rumor de las olas que llegaban mansamente á morir en la arena, una voz dulce y tierna que murmuraba palabras

de un lenguaje desconocido; un presentimiento vago le hablaba de una vida mas grata, de sensaciones mas vivas, de horas en que se realizan todos los sueños, en que toman forma las esperanzas, en que se ama, en fin, con ese amor que es un trasunto de la incomparable felicidad de esas regiones que habita el alma despues de su triste peregrinacion por el mundo.

¿Quién, en presencia de la mas grandiosa obra del Creador, á la hora del crepúsculo, no ha evocado los recuerdos del pasado ó presentido los sucesos del porvenir? ¿Quién no se siente poeta en presencia del mas poético de los espectáculos que la naturaleza puede ofrecer al hombre?

Julia vagaba por la ribera sintiendo en su sér algo de que no podía darse cuenta, y no era otra cosa mas que la transición de la edad tranquila de la niñez á la de la juventud, cuando escuchó cerca de sí los pasos de Emilio, que tambien recorria aquellos sitios.

La hermosura de Julia deslumbró, como era natural, á nuestro jóven. Fijó en ella

CAPITULO ALFONSO  
DE LA VIDA DE LA  
D. A. N. I.  
CAPITULO ALFONSO

su resuelta por no decir atrevida mirada, y vacilò un momento pensando si le dirigiria la palabra. Echó dos ó tres bocanadas del humo del magnífico habano que estaba fumando, y con el mayor desembarazo saludó á Julia.

Algo que no podremos explicarnos nunca, pero que sin duda existe en nuestro corazon, nos dice desde la vez primera en que nos fijamos en una persona si ésta ha de llegar ó nó á ejercer alguna influencia, buena ó mala, sobre nosotros.

Julia, sin trato alguno social, no habria podido corresponder al saludo de un desconocido, si éste con su presencia no hubiese instantáneamente traído á su memoria las vagas sombras de un sueño, los halagos de una esperanza.

Julia no conocia á Emilio; era la vez primera que le encontraba en su camino, y sin embargo, sin turbarse sino muy ligeramente, le contestó como lo hubiera hecho con un jóven amigo ya.

Emilio, aunque calavera, subyugado por

la pureza y el candor que rebotaba aquel semblante, se abstuvo de dirigir á Julia frases que no fuesen de la mas exquisita discrecion y galantería.

A poco, la mujer que acompañaba á la jóven indicó que era hora ya de retirarse á la casa; y Emilio y Julia se despidieron.

Emilio, á cierta distancia, siguió los pasos de Julia hasta que esta entró á su casa.

Julia con disimulo volvió la cara hácia atrás varias veces, para cerciorarse de si la seguia Emilio.

CAPITULO ALFONSO  
B A N T

III.

Desde la tarde de que acabo de hablar, los paseos de Julia y Emilio á orillas del mar se repitieron con frecuencia.

Hasta inútil me parece decir que se amaban.

Julia no durmió esa noche, porque los pensamientos que agitaban su espíritu se lo impidieron.

En el lejano rumor que producen las olas al estrellarse en las orillas, y que tan grato llega á nosotros en medio del silencio de la noche, creia escuchar la voz de aquel jóven tan amable y fino que le habia prodigado frases tan nuevas y tan dulces como jamás habian sonado en sus oidos.

Cerraba los ojos y le veia como si los tuviese abiertos, y sus ideas se sucedian y sus sueños vestian el ropaje más hermoso.

Cuando Emilio en uno de aquellos paseos se atrevió á preguntarle si correspondia al amor que él le consagraba, Julia, ingénuo, candorosa como un niño, le respondió: “¿Tan poca expresion tienen mis ojos que necesita vd. oír de mis lábios si mi corazón late por vd?”

Aquella frase que encerraba todo un poema de ternura, era la expresion fiel de los sentimientos de Julia. En efecto, Julia amaba con ese amor puro, inocente, espiritual, primera nota de esa armonía inefable que encanta las horas más hermosas de la vida. Julia amaba á Emilio con su corazón de quince años, ignorando esa estudiada indiferencia, ese desden, ese orgullo y todos aquellos recursos de que en la sociedad se valen las mujeres para avivar más, á su entender, la llama del amor que han inspirado. Creia que aplazar para más tarde una contestacion que, antes que de sus lábios, habia

EXLIBRIS  
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD  
DE ALICANTE

salido de sus ojos, hubiera sido una tontería; y franca y leal abrió su corazón al cariño de aquel joven, el primero que le había hablado del amor que ella por intuición conocía y que tanto anhelaba disfrutar.

Mientras tanto el tiempo trascurría: aquel amor iba arraigándose mas y mas en el corazón de Julia, y don Juan ignoraba completamente que su hija acudía á la orilla del mar á las citas de un amante, con quien tambien cambiaba algunas cartas, mientras el buen señor trabajaba en la Aduana. Joven de recursos como era Emilio, supo tener siempre satisfechos los deseos de la vieja criada que salía con Julia, y logró así que sus relaciones fuesen un secreto para el padre de la joven.

Tiene el amor una virtud inapreciable, y es la de mejorar los sentimientos, purificando el alma. Puede asegurarse sin temor, que el que ama se siente capaz de toda acción buena, grande y generosa, porque su ideal es aparecer cada vez mas digno ante el ser amado. Por supuesto que tienen lugar es-

tas observaciones tratándose de un amor correspondido y en cuyo cielo no hay otras nubes mas que los encantados celajes que ocultan por un momento el astro rey: para hacerlo aparecer despues mas brillante y mas hermoso.

Emilio, sin el amor de aquella joven tan pura y tan candorosa, hubiera avanzado en la carrera del libertinaje, sentando plaza entre los calaveras mas resueltos; pero se avergonzó á la sola idea de formar un contraste horrible con el ángel que adoraba, y evitó la compañía de los que le arrastraban á los cafés y á los bailes públicos, y alejó de sus labios aquellas obscenas frases que le habíamos censurado. Su familia misma, que tan poco se cuidaba de las acciones del joven, vió con suma complacencia la conducta metódica y hasta ejemplar que observaba. Sus padres atribuían esa conducta á una índole excesivamente buena por naturaleza, y se vanagloriaban de ella. Ignoraban que un amor sencillo y puro había obrado una mutación tan notable en Emilio.

CAPILLA ALFONSO  
M. DE LA FUENTE  
U. A. N. B.

En cuanto á don Juan, veía á su hija mas encantadora cada día, advirtiendo cada vez mas su desarrollo, y revelando con su trato una inteligencia superior, pues sabia discutir como las gentes que han frecuentado la sociedad, siendo así que ella, en opinion de don Juan, solo habia tratado á su padre y á los criados de la casa.

IV.

Era demasiado deliciosa aquella vida para que pudiese prolongarse por mas tiempo.

Hacia cerca de un año que el amor con blanda cadena de rosas unia á los felices amantes, y ni la familia del jóven, ni don Juan, se habian apercebido de aquellos amores.

Es una cualidad propia de los habitantes de las poblaciones trabajadoras, ocuparse de sus negocios propios, sin pretender mezclarse en las intimidades de los demas.

La enismografía que parece ser inherente á la molicie y maledicencia de las ciudades meramente cortesanias, no tiene cabida allí donde el comerciante y el industrial saben

CAPILLA ALFONSO  
UNIVERSIDAD  
U. N. E.

que cada minuto que el hombre pierde es una suma que deja de ganar, y por eso los amores de los estudiantes y los de los que no lo son, las disensiones de familia y las intrigas matrimoniales, no son el pasto cotidiano de las conversaciones.

Así, aunque no eran secretas para gran número de veracruzanos las relaciones de Julia y Emelio, nadie se había creído autorizado á pedir mayores datos acerca de ellas, tomándolo de las familias interesadas; mas sucedió un día lo que al fin tenía que acontecer.

Tuvo don Juan una vez tal recargo de trabajo en la Aduana, á causa de tenerse que despachar por aquellos dias varios buques surtos en el puerto, que se vió en la necesidad de llevar á su casa algunos documentos para concluirlos en la noche. Ocupóse en efecto en aquella tarea, y al dia siguiente dirigióse satisfecho á la oficina, porque los *conocimientos* estaban listos.

Continuó allí sus diarias ocupaciones hasta que llegó el momento de entregar al Ad-

ministrador los papeles en cuestion. Grande fué la contrariedad que experimentó al echar de menos uno de los mas importantes, y se vió en el duro caso para él, de solicitar permiso para ir á su casa en busca del documento.

Ajenos estaban los amantes de que iba á sorprenderlos á aquella hora don Juan, que con tanta regularidad media el tiempo.

Cuando don Juan apareció en la esquina de aquella calle, distante unos cincuenta pasos de su casa, vió á su hija que hablaba con un jóven de buena presencia, que estaba trás la reja de la ventana.

Los amantes estaban tan entregados á sus dulces diálogos, que nada notaron hasta el momento en que don Juan tocó la puerta para que le abrieran.

Con la rapidez del relámpago desapareció Julia de la ventana, y se alejó con la misma presteza Emilio, que previó desde aquel momento que iban á cesar las deliciosas entrevistas que tenía con su amada, sobre quien

iba á pesar sin duda una vigilancia extrema-  
da desde aquel día.

Entró don Juan á su casa, y, bien sea por-  
que sus ocupaciones le llamaban con urgen-  
cia, bien porque el cariño que profesaba á  
su hija le impidiese usar con ella de la se-  
veridad de su carácter, ello es que dirigióse  
á la mesa en que escribiera la noche ante-  
rior, y á poco halló el objeto que buscaba  
con tanto empeño.

Repuesta Julia de la sorpresa que le cau-  
sara la vuelta inesperada de su padre, ya  
cuando éste salía otra vez, se atrevió á diri-  
girle estas palabras:

—¿Qué milagro es verte aquí á esta  
hora!

—¿No me esperabas, verdad? repuso don  
Juan, acentuando de una manera significati-  
va la frase.

—¿Y qué pronto te vuelves?

—¿Quieres que me quede aquí contigo to-  
do el día?

Esta pregunta turbó de tal manera á Ju-  
lia, que no supo qué responder.

Don Juan la besó en la frente y se alejó  
con paso apresurado.